

Capítulo 4

¿CUÁLES SON LOS DERECHOS?

UN NUEVO MIEMBRO de una organización siempre va a preguntar, «¿Qué derechos tengo?». Muchos cristianos han entrado a la iglesia sin que nadie les advierta del costo que involucra. Todos esperamos pagar los derechos en cualquiera otra organización, así que estamos preparados para contribuir a la iglesia. Sólo queremos saber cuánto.

«¿Cuánto me va a costar a mí?» Esto realmente tiene dos respuestas. Ser cristiano no te cuesta nada y, a la vez, todo.

No cuesta nada porque la salvación y la vida eterna son regalos de Dios. No puedes comprar tu salvación; no puedes ganarte la entrada al cielo. Como dice Romanos 6:23, «la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro». Tu salvación depende únicamente de tu aceptación de la gracia de Dios. Así que, no te cuesta nada convertirte en cristiano.

Por otro lado, ser cristiano te cuesta todo. Un cristiano reconoce que todo lo que es y posee pertenece a Dios. Como discípulo de Cristo, cada cristiano imita a su Maestro dando su todo a Dios. Nada de lo que tiene es realmente suyo: «...no sois vuestros... Porque habéis sido comprados por precio; gloria, pues, a Dios en vuestro cuerpo» (I Corintios 6:19, 20).

Un cristiano reconoce que al no ser dueño, ni de sí mismo, debe ser un mayordomo. El Nuevo Testamento, frecuentemente, utiliza esta palabra para aplicarla a los cristianos. Un ma-

yordomo, en tiempos bíblicos, era un hombre esclavo o libre que administraba una casa en favor de su dueño. Toda familia que podía permitirse este lujo tenía un mayordomo para cuidar de su propiedad y de los hijos menores.

Tres principios básicos se aplican a nuestra mayordomía:

1. *No somos dueños de nada. Dios es dueño de todo.*

«De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo y los que en él habitan» (Salmo 24:1).

«Mía es la plata, y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos» (Hageo 2:8).

«Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos» (Romanos 14:8).

2. *Por lo tanto, cualquier cosa que tenemos no es nuestra, sino de él y nosotros solamente la administramos para él.*

«Y digas en tu corazón: Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza. Sino acuérdate de Jehová tu Dios, porque él te da el poder para hacer las riquezas...» (Deuteronomio 8:17, 18).

«A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos; atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna» (I Timoteo 6:17-19).

«Porque ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer voluntariamente cosas semejantes? Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos» (I Crónicas 9:14).

3. *Algún día daremos cuenta de nuestra mayordomía.*

«De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí» (Romanos 14:12).

«Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba

según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo» (II Corintios 5:10).

Debido a que Dios es el dueño de todo lo que tenemos, necesitamos examinar lo que él espera de la inversión que ha hecho en nosotros. Pensemos en el manejo de nuestro dinero, tiempo, talentos y aún de nuestra influencia.

Dinero

En el Nuevo Testamento encontramos varias sugerencias para guiar nuestro dar en dinero:

- date primero al Señor (II Corintios 8:5; Romanos 12:1).
- da voluntariamente (II Corintios 8:12).
- da con alegría (II Corintios 9:7; Hechos 20:35).
- da liberalmente (Lucas 6:38; II Corintios 9:6, 7; Romanos 12:8).
- da constante y proporcionalmente (I Corintios 16:1,2; II Corintios 9:6, 7).
- da con expectación (Marcos 10:28-31; Mateo 6:33; Lucas 6:38; Gálatas 6:6-10; II Corintios 9:6-11).

Cada nuevo creyente, tarde o temprano, aprende que la norma para la mayordomía del dinero en la iglesia forma parte de lo que se llama el diezmo. Inicialmente, suena como dar solamente algo de ofrenda, pero en poco tiempo el nuevo miembro se da cuenta que un diezmo es algo muy específico. Esta palabra significa en realidad el diez por ciento. La Biblia nos enseña que el diezmar ya se practicaba desde el principio de la historia, aún antes de la ley de Moisés (busca Génesis 14:17-20). Después en la ley mosaica, la cual gobernó a la nación de Israel a través del Antiguo Testamento, el diezmar se hizo obligatorio para todo el pueblo de Dios (busca Levítico 27:30-34; Números 18:24). Era un acto de adoración y reverencia a Dios (Deuteronomio 14:22, 23); se tomaba tan seriamente que retenerlo se consideraba robar a Dios (Malaquías 3:8). Al diezmador consciente, por otra parte, se le prometían las más

finas bendiciones de Dios (Malaquías 3:9-11).

Cuando Cristo vino cumplió la Ley; no menospreció los patrones de conducta del Antiguo Testamento, sino los elevó (véase el Sermón de la Montaña, Mateo, capítulos 5-7). El aprobó el diezmo (Mateo 23:23) pero requirió más que un diezmo legalista de sus seguidores; al diezmo se le debe agregar justicia, misericordia y fe. El encargó a sus seguidores situar el reino de Dios por sobre todas las posesiones terrenales (Mateo 6:25-34; 19:16-30). Las iglesias del Nuevo Testamento obedecieron este mandato de Cristo, al dar estando aún en pobreza extrema (2 Corintios capítulo 8), y fueron tan generosos en su mayordomía del dinero que muchos vendieron todo lo que tenían para dar a otros. Ten por seguro que nadie estuvo en necesidad (Hechos 2:44-47; 4:32-37). Así como el pueblo de Israel sostuvo a sus sacerdotes y trabajadores del templo con sus diezmos, así instruyó el apóstol Pablo que aquellos que proclaman el Evangelio deben ser sostenidos por los que reciben su ministerio (busca I Corintios 9:13, 14 y Números 18:24-29).

Pero, podrás protestar, ¿cómo puedo diezmar siendo que apenas si puedo pagar mis gastos actuales?

Quienes han diezclado durante años testificarán que nunca les ha hecho falta el diez por ciento. De hecho, están convencidos que el noventa por ciento alcanza más con Dios que el total del cien por ciento sin su ayuda. Pero comenzar a diezmar es realmente un paso de fe. Es una decisión definida encomendada a «buscar primero el reino de Dios y su justicia» y, probablemente, no pueda ser tomado sin alguna impulsividad de cambiar hacia nuestras prioridades. Sin duda, tu decisión en diezmar propiciará la simplificación de tu estilo de vida, ya sin algunas de las cosas que antes pensabas que eran muy importantes. Diezmar te hará situar tu fe en Cristo, y no en tu dinero. Diezmar te dará el placer de saber que estás teniendo parte activa en la predicación del evangelio y en el ministerio completo del cuerpo de Cristo. Aunque al principio diezmar, es un sacrificio; recuerda que la vida cristiana completa demanda sacrificio, eso es lo que significa la cruz.

Cierto hombre que estaba cansado del énfasis de la iglesia sobre el dinero se quejó con su ministro: «Este asunto del cristianismo es sólo un continuo dar, dar y dar».

El ministro pensó acerca de la queja de este hombre durante un minuto y entonces respondió: «Quiero darle las gracias por una de las mejores definiciones del cristianismo que jamás haya escuchado».

El ministro está en lo correcto. El cristianismo trata acerca del regalo de la gracia de Dios para con nosotros a través de Jesucristo; acerca del regalo de Cristo para nosotros, el Espíritu Santo; acerca del regalo del Espíritu para nosotros a través de la iglesia; acerca del regalo de la iglesia del amor, la misericordia y su ministerio. Simla dádiva de la iglesia, ¿de dónde hubiera recibido el mundo sus primeros hospitales, escuelas, colegios y aún su conciencia? Sí, el cristianismo es dar; por eso los cristianos, quienes han recibido mucho, dan libremente.

Tiempo

No únicamente damos dinero. De hecho, algunas veces, es muy fácil dar dinero. «Buscar primero el reino de Dios» es apartar tanto tiempo como finanzas para la obra de Dios. Uno no puede ganarse a Dios con una ofrenda ocasional. Su servicio también requiere que contribuyamos con nuestro tiempo.

La mayordomía del tiempo requiere una cuidadosa planeación. El tiempo es tan limitado, aún la vida más larga es muy corta. Sin una sabia administración de los recursos humanos, oportunidades invaluable para el servicio cristiano y crecimiento personal pueden ser desperdiciados.

¿Qué es el tiempo? Quizá la definición que más nos podría ayudar, aunque no exactamente precisa, es la de Benjamín Franklin: «El tiempo es de lo que está hecha la vida». Algunas personas parecen manejar su tiempo con eficiencia increíble. Logran tres veces más de lo que la mayoría de nosotros. Han aprendido sólo unas cuantas lecciones acerca del manejo del tiempo: han delineado sus prioridades, No lo dejan para otro día. Respetan el tiempo como una comodidad preciosa. Se per-

catan de que el día de hoy es todo el tiempo con el que cuentan para trabajar, así que no dejan para mañana lo que pueden hacer hoy, porque el mañana quizá nunca llegue. Están de acuerdo con Thomas Carlyle, quien dijo: «Nuestra principal tarea no es ver lo que está situado indistintamente a la distancia, sino hacer lo que está situado claramente a la mano». Eso es, no sueñan despiertos.

Moisés lo puso de otra manera: «Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría» (Salmo 90:12).

Entonces, ¿cómo debemos usar nuestro tiempo para Dios? Primero, haz algunas preguntas básicas:

1. ¿Cuál es la cosa más importante que hay que hacer?
2. ¿Le estás dando al tiempo prioritario su primer lugar?
3. Al examinar el uso de las 112 horas que pasas despierto en una semana, ¿cuánto de este tiempo estás usando para el trabajo de Dios conscientemente? («He malgastado el tiempo y ahora el tiempo se me acaba,» se quejaba el rey Ricardo II de Shakespeare).
4. Cuando das cuenta completa de tu mayordomía del tiempo, como de la mayordomía de tu dinero, ¿puedes justificar ante Dios tus prioridades de tiempo? («¿Cómo supones que algunos pasarán la eternidad —pregunta Ralph Waldo Emerson—, cuando no saben cómo pasar la próxima media hora?»)
5. Recordando que «el fin de todas las cosas está cerca», ¿estás viviendo cada día como si fuera el último? («Me es necesario hacer las obras del que me envió —dijo Jesús—, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar» [Juan 9:4]).

Con estas preguntas en mente, un cristiano determina dar al trabajo del Señor la primera prioridad. Esto significa estar presente en los cultos de adoración y estudios bíblicos, ser voluntario para ayudar en servicios congregacionales y proyectos de misiones y estar preparado para llevar a cabo una parte justa de la carga del trabajo de la iglesia.

Talentos

Como lo discutimos al principio, en un capítulo anterior, la iglesia está organizada como el cuerpo humano, con cada miembro contribuyendo al bien de todos, y con una gran diversidad de talentos y habilidades representadas entre los miembros. Ningún miembro los tiene todos, pero cada miembro tiene algo con qué contribuir al bienestar de todos. Así es como los presenta Pablo:

«Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros. De manera que teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada: si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe; o si el de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría».
(Romanos 12:4-8)

Observa que Pablo no espera que todos tengan las mismas capacidades, sino que, también, cada miembro pueda ofrecer algo. La lista se podría expandir, ¿verdad? Tu don podría ser incluido. Recuerda, como comentó alguna vez Phillips Brooks, que «es tan presuntuoso pensar que no puedes hacer nada, como pensar que puedes hacer todo». El Espíritu que capacitó a Pablo para predicar y enseñar, también te capacitará para darle al Señor un don importante.

Lo que Dios te ha dado, él puede usarlo para ayudar a la iglesia. Su causa ha sido bellamente servida por cocineros y consejeros, por carpinteros y plomeros, por oradores y oyentes, por cantantes y monótonos.

Para descubrir lo que puedes dar al Señor, fórmulate estas preguntas sencillas:

- 1) ¿Qué tengo para dar?
- 2) ¿Quién lo necesita?
- 3) ¿Qué tanto está recibiendo Dios como devolución por su inversión en esta habilidad o don en mí?

Influencia

Un área en la que debemos rendir cuentas y que es pasada por alto por la mayoría en la vida cristiana es aquella de la influencia. Aunque despreciemos nuestra habilidad para influir en los demás, necesitamos recordar, como dijo Aristóteles, que «podemos hacer actos nobles sin gobernar la tierra y el mar». De hecho, como alguien más lo ha comentado sabiamente, cuando una persona es cristiana, aún su perro debe ser mejor por ello.

Todos operamos en una esfera de influencia. Diariamente tocamos muchas otras vidas. ¿Lo hacemos para bien o para mal? Una meta para nosotros será vivir como lo dice la alabanza que el poeta W. H. Auden dio a uno de sus compañeros poetas, T.S. Eliot. «Tan alto como uno era en la presencia de Eliot —dijo Auden—, uno sentía que era imposible decir o hacer algo que fuera una bajeza». Al otro extremo está la influencia negativa de la maestra de escuela dominical quien persuadió, a través de su lección, a uno de sus pequeños alumnos, a poner en primer lugar el reino de Dios en su vida. Más tarde, cuando descubrió que su maestra enseñaba su lección e iba a casa sin molestarse en asistir al culto, no volvió otra vez. Muchas veces pensó ella en el porqué perdió interés el pequeño. Su lección era perfectamente aceptable, pero su influencia negativa.

Dios se impresiona tanto con nuestra constante influencia como con nuestros sermones predicados. Su manera siempre ha sido escoger las cosas débiles y que parecen insignificantes de este mundo (un establo, una cruz, una tumba, una mesa) para lograr sus obras. Como dijo una vez Phillips Brooks, el famoso predicador americano: «Ningún hombre o mujer de la clase más humilde, puede ser realmente fuerte, gentil, puro y

bueno, sin que el mundo sea mejor por ello; sin que alguno sea ayudado y consolado por la mera existencia de esa bondad.»

He aquí algunas preguntas para ayudarte a estimar tu influencia:

1) ¿A quién conoces?

2) ¿De qué hablas cuando estás con ellos?

3) Delante de ellos, ¿cuáles son tus convicciones?

4) ¿Reconocen que eres un cristiano comprometido, o se sorprenderían en descubrir tu relación con Cristo?

El famoso misionero inglés que fue a la India, E. Stanley Jones, cuenta de una misionera que dio instrucciones específicas a un contratista acerca de poner un techo de concreto sobre un edificio. Pero para ahorrar dinero, él hizo unos cambios, ignoró las instrucciones y construyó un techo que se cayó, hiriendo a un joven sirviente y causando una gran pérdida financiera a la misionera. Cuando le avisaron del accidente, ella corrió al lugar del accidente e ignorando la pérdida, inmediatamente auxilió al jovencito. Algunos de los obreros hindúes, hablando del asunto se preguntaban por qué la misionera había prestado poca atención en lo perdido y mucha atención y amor en el muchacho. «¿No entienden? —dijo otro joven sirviente—, ella es cristiana y los cristianos siempre piensan más en las personas que en las cosas». Ese es el poder de la influencia.

Espero que ahora entiendan lo que cuesta ser discípulo de Cristo. Pagamos los «derechos» para pertenecer a la iglesia, pero los pagamos voluntariamente, más aún con alegría, debido a las recompensas sin igual que asisten a la vida cristiana.

¿Cuándo termina esto? ¿Cuándo hemos dado suficiente? Aquí está la respuesta:

«Anda, cóparte al necesitado, dulce pan de caridad,

Porque dar es vivir,» dijo el ángel.

«¿Y deberé seguir dando una y otra vez?»

Mi displicente y egoísta respuesta corrió.

«¡Oh, no!» dijo el ángel, traspasándome,

«¡Da sólo hasta que el Maestro cese de dartel!»